



UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

El cerrado espesor de las tinieblas

John Henry Fonseca

El cerrado espesor de las tinieblas

El cerrado espesor de las tinieblas

John Henry Fonseca

Fonseca, John Henry.

El cerrado espesor de las tinieblas / John Henry Fonseca.

Primera edición. – Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2024.

74 páginas. – (Colección Literatura y Lenguaje. Serie Poesía)

Incluye: Referencias bibliográficas.

ISBN: 978-628-7760-29-5 impreso.

ISBN: 978-628-7760-31-8 digital.

ISBN: 978-628-7760-30-1 ePub.

1. Literatura Colombiana. 2. Poesía Colombiana 3. Emociones – Poesía. 4. Nostalgia – Poesías. I. Tít.

C861.6 ed. 21

El cerrado espesor de las tinieblas

Autor: John Henry Fonseca

© Universidad Pedagógica Nacional

ISBN (epub): 978-628-7760-30-1

ISBN (pdf): 978-628-7760-31-8

ISBN (impreso): 978-628-7760-29-5

Primera edición, 2024

Helberth Augusto Choachí González

RECTOR

Paola Acosta Sierra

VICERRECTORA DE GESTIÓN UNIVERSITARIA

Víctor Espinosa Galán

VICERRECTOR ACADÉMICO

Yaneth Romero Coca

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA
Y FINANCIERA

Gina Paola Zambrano Ramírez

SECRETARIA GENERAL

PREPARACIÓN EDITORIAL

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Alba Lucía Bernal Cerquera

COORDINACIÓN

Tomás Collazos Garay

EDICIÓN

Tomás Collazos Garay

CORRECCIÓN DE ESTILO

Fredy Johan Espitia B.

DISEÑO

Ana Sofía Delgado

DIAGRAMACIÓN

Carvajal Soluciones de Comunicaciones S. A. S.

Impreso y hecho en

Bogotá, Colombia

Esta obra fue aprobada para publicación como en la
Convocatoria para la publicación de libros 2023.

Fecha de evaluación: 17 de noviembre de 2023

Fecha de aprobación: 22 de diciembre de 2023

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de

1993 y el decreto reglamentario 460 de 1995.



Esta publicación puede ser distribuida, copiada y exhibida por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.



10:00 a. m.



re

Sea la luz azul

del primer segundo

antes del

B i g B a n g,

expansión del latido.



Un cangrejo mira el infinito,

se ajusta un sol trenzado a sus espaldas,

se fue y trajo la sal y el agua e hizo el agua:

hizo la aguasal y me dio para calmar el sangrado.

Ve el reino del revés

y a un hombre al que le cuesta

detenerse en la vida

con una pipeta de gas

llena de metralla,

a sus espaldas.



El río grande de la Magdalena

avanza sinuoso

hacia el abismo.

En su cauce

un turbante

blanco africano

viaja

en espiral.



A la intemperie,
espíritus sobrenaturales
abultan telas
en el río de las tumbas.



re

La frontera se expande

cuando las hojas se amontonan
por el hilo de Ariadna,
que unce todo para la ceremonia de
mujeres, hombres y niños dentro de la iglesia
San Pablo Apóstol de Bellavista.



Una planta de ébano

se sale del marco del altar,
ofrenda sacrificial a un Dios.

El amanecer no me devuelve
el amuleto perdido.

No sé el camino.

Veo una luz que ilumina el océano.



Espacio invadido por maleza camuflada:

en el encierro,

el movimiento del río quiere explotar

y ser más grande que sus límites.



10:45 a. m.



Como bailarín de la noche misma,

estoy aquí.

Entra una sombra en la arena.

Ella trae al río-serpiente,

intoxicación de gases salvajes.

Avanza, avanza, avanza,

y se apodera de lo que miro.

Veo las grietas de sus piedras,

la corteza cuarteada de los árboles,

el abandono y el extravío de la selva,

sus cauces poblados de cruces.



+++++

El río

va afilado

bordeando

las islas de dunas

que se abren con la lluvia.



Las nubes del Pacífico,

en el borde del tiempo, se

dan paso

por la cordillera.

+++++

Si pudieras borrar ese grito ahogado

antes de encomendar tu espíritu al Padre,

¿lanzarías por última vez tu atarraya

para capturar *el pedazo de alma que te arrancaron?*



La proximidad de varios cuerpos los hace actuar.

Sangre seca en la danza de Keyla.

Bullerengue para un ángel.

Llamado del tambor mayor.

Leiré leré, por Dios,

angelito del cielo.

De algodón tu piel menuda,

Valerie, belleza muda.

Hilos de oro tu pelo,

leilé lerelelele.

Leilé leré, mi amor,

leilé lerelelele.

Leilé leré, por Dios,

boquita e' flor de coral,

chiquitica, mi criatura,

rojita fruta madura.

Se revienta el cuero

por el bullerenge de tus manos.



Cada vez que se va la luz

y al momentico vuelve,

aparecen

uno o dos peces

mueutos en el valle.



La sensación de vacío deja los golpes.

Un eco viene del puntero del reloj.

¿Qué nos queda?



El día después



lee

En pequeñas embarcaciones de motor

van subiendo hombres armados.

Toda esta pelea es por el río.



Los que han muerto no volverán.

No puedo ver los colores,
solo la luz polarizada.

En la casa de Dios
celebran más la muerte que la vida.



Una mujer desnuda se acuesta bajo la lluvia,
no huele bien.

Se escucha un llamador a lo lejos.

La luna menguante cae al río desolado.



Más de 1500

ríos en silencio

avanzan,

avanzan,

avanzan

marcando,

aquí y allá,

todo.



Junto a los rodantes,

el viento se mueve más rápido que las horas.

A Keyla le duelen las venas várices,

esos gusanos verdes que arden desde adentro.

Nací aquí en la selva.

Nunca he vivido en otro lugar.

Me gusta la alegría de mi pueblo,

su incesante lucha

por llevar algo al plato de sus hijos.



El resplandor de la luna,

en el río verdadero,

viaja por sus márgenes.



Esta noche,

el sol encendió el nuevo fuego.

Hoy,

fui desterrada del amor de la tierra.

El

viento

susurra:

, ;

.



Mis huesos se extienden hacia mis ancestros:

Nana y Oya.

La muerte desploma tempestades.



Paralela a mi vida que se derrumba,

entre truenos y rayos,

una mujer llora

al final de la calle.

Los rodantes

tocan tambores para llamar a los Orishas.

Lllaman al padre a través del rito infinito

del amor y la guerra, unidos

sobre *el tablero de días y noches.*



re

Mujeres aprisionan secretos

y cuerpos deshechos

bajo la misma sombra de la luna agujereada

y vencida.



La comunidad avanza mil pasos

entre la salvaje actuación:

*Qué trite que etá la noche,
la noche qué trite etá;
no hay en er cielo una estrella.¹*

Si uno se los encuentra de frente.

Pepitas de oro que los cangrejos
recogen de camino a la aldea.

[1] Tomado del poema “Canción del boga ausente”, en Cantos populares de mi tierra (Obeso, 1877).



lee

En el recinto ovalado,
el cangrejo,
con el caparazón teñido de rojo,
se arrastra sobre grumos de tierra.
Esquiva hojas muertas:

Todo esto lo veía
de tallo en tallo,
sin dirección.

re

Los espíritus de los muertos

y sus extrañas experiencias en el caldero ardiente:

—Con esta guerra, lo espiritual anda como el trueno entre las colinas del Cauca.

Hizo una pausa en los remolinos de barro, piedra y huesos.

Como si escuchara algo,

sonrió,

sacudió la cabeza

y continuó viendo dentro del río

pedazos de dientes...

—*Ahorrémonos los detalles,*

¿de qué sirve entrar en cuestiones que nadie entendería?



Las viudas buscan a sus seres aguas abajo.

Acercan la oreja y convocan a los espíritus
en mi *Áshram*.

¡Mujeres! ¡Viudas!

Mujeres costureras de la memoria.



Doce años después,

el ser adopta todas las formas del universo

y arrastra hojas secas hacia la oscuridad.

A la sombra,

el vestido amarillo de una mujer

parece de un negro violeta.

Se quita el sombrero,

lleva su mano al corazón

y toca una flor

con la punta de la cola de una salamandra.



re

El río de los pájaros

atraviesa el bosque azul

que había visitado con su Mama Quilla.

El caracol se

arrastra por abajo.

La hoja se curva lo suficiente como para darle lugar.

Mete la cabeza y observa el techo pegajoso

de alas inmóviles al sol.



Por un instante, hombres viejos, mujeres y niños se distinguían en el horizonte. Al ver tanto espacio sobre la tierra húmeda, buscaban la sombra bajo los árboles, disolviéndose como gotas en la atmósfera de nubes grises, que se manchaban apenas con las palmas de lo que fueron sus manos.



**Los cuerpos sólidos se han hundido
en el calor**

y yacen amontonados sobre la tierra.

Voces sin palabras

rompen el silencio.



re

El universo de piel negra y dorada.

Montículos de hojas amarillas,
junto a la puerta, se acumulan en la caverna olorosa.
En los camuflados de los hombres,
luces atrapadas entre sombras.
Muñequitas rosadas
y carritos plásticos sin ruedas
caen del cielo.



**Extraviados en las playas del
suelo erosionado,**

afantasmados en la piel,

la multiplicidad de cuerpos se esparce como tentáculos.

En la celda,

en lo sólido

de estratos,

se abrigan

las capas de su ser.



La palabra de los hombres se ha perdido

y no aparece,

palabras plegadas u ocultas

al interior del cuerpo

de un búho hecho con alas

de mariposas rotas.



**¿Quién pudo
ser testigo?**



Los duendes afónicos se volvieron guardianes.

Los que quedan recomponen fragmentos
y los trasforman en ruda con pequeñas flores
de cinco pétalos violetas,
con el sabor ligeramente amargo de las hojas.



El ruido de las balas

destroza el cementerio con un mazo.

Una buena fiesta es como meter la cabeza
debajo del mar.

La naturaleza seguía propagándose
en la oscuridad, aire denso.

En sus muros había cuerpos entumecidos
por el miedo.

Tratando de cubrir su desnudez,
una mujer sentada en un banco de la iglesia.

La fuerza invisible por debajo del agua.

Simpatía es lo que necesitan los verdugos.

La maleza crece entre las piedras,
en las grietas de la aldea expectante.

Voces humanas
atrapadas en una celda
dentro otra celda.



Por el sendero,

el suelo está cubierto por flores rojas y amarillas

que caen del árbol negro

y tiemblan en el agua, círculos concéntricos
de oro negro

y manos que buscan sus cuerpos escritos en mi piel.

Los destellos blancos de sus bordes,

como ocasos de soles,

en espirales *pariendo brasas* hacia mi flanco.

En el pergamino paso a limpio

la geometría de *su hueco en mí*

o del mío en ella.

Sobrevivo sin los labios de Keyla

en forma de pétalos infinitos

diluidos en el sol.



Un pasamontaña oculta su rostro.

Un perro negro lo acompaña,
prisionero en el círculo de cuerpos.

Se repiten en la temperatura
y abren en el silencio brechas de fragmentos angulares,
engranajes de juguetes,

partes de personas encontradas entre
los escombros.

Dentro del bosque, en el Reino del Revés,
nadie baila con los pies.

Vagones vacíos pasan afanosamente.

Todo flota en lo extraño.

Fantasmas con floridos kimonos ganan el todo.

En el canto persistente de las chicharras,

la noche.



+++++

Tentáculos paramilitares buscan tras las piedras.

Algas marinas que crecen en las grietas de rocas y corales,
camufladas en el color del pasto de luz polarizada.

*Dios no quiere rodillas humilladas en los templos,
sino piernas de fuego galopando.*

Dios no puede mover las rocas más pesadas.

Hoy el sol se esconde,
tentáculos guerrilleros sobre la piel enrojecida.

En este otro tentáculo tengo tu herida.

Una persona que no dejó partir

busca la puerta de los rezos.

Sus manos acarician *las entrañas del hierro.*



Hablan con la luna.

La Maye es la danzante del mundo,
la Maye es la planta de ruda
que detiene los sangrados, las hemorragias y
los malos espíritus.

El pescador, con su librito en una bolsa,
con un pedazo de lápiz
y sentado en su balsa,
descansa un rato.

Escribe en la ventana de la luna.

La Maye cubre su cabeza de flores amarillas.

Lleva el obituario de la muerte en sus ramas
pinchudas.

El pescador gira en su turbante
durante su larga jornada de trabajo:
recoge los ahogados de ese día.



re

Nada ha cambiado aquí:

el tiempo recorrido es
apenas un pasadizo,
un ligero puente
hacia el abismo.



+++++

Cuerpos mutilados,
unos encima de otros,
se refugian en un rincón.

El odio logró alcanzarlos.



Un fuego en repliegue

se lleva sin ver

la última cena de ancianos y niños,

sin cuerpo ni imagen.



re

Belleza en descomposición

en ese mar indecible de ojos vacíos.

Se sostienen en las paredes
de líquidos espesos.



Los tubos de drenaje

recogen las rosas de ese día.

En la tinta de sus corazones

sus hijos regresan en sílabas de hielo.



Mataron

a mis amigos,
mataron a mi padre,
mataron a mi hermana,
mataron a mi madre,
mataron a la señora de la tienda,
mataron a la chica que me gustaba en el colegio,
mataron a mi perro por defender a mi padre.

Mataron la eternidad de la roca en el fuego.



lee

La noche viene emboscada:

enemigo a las nueve,
a las doce, a las tres...



La bruma baja del cerro

y el silencio crece en mis ojos.

No siento mis manos.

Mi lengua sabe a sangre

y el anzuelo en mi cuello aprieta.



En la mitad del sembrado,

el ojo de Dios se levanta

en el centro de la piedra.

El dolor profundo

enmudece.



re

Veinte años después,

una hoja del árbol se desprende
para abrirse a la verdad de los calendarios solares.
Busca en el fondo del agua color ceniza
choibás tejidos en las paredes,
pinceladas de la luz de un manantial,
esperando que los años las oculten
y puedan pasar la página.

+++++

Soledades de ancianos y manos de niños

perdidas en el cerrado espesor de las tinieblas.

En la selva baldía,

los hombres huecos se salen del libreto

sin permitir el entierro de los muertos.

La literatura se ha agotado.

Abril no es el único mes cruel.

No caen las hojas de los árboles.

Navíos hechos con pieles de negro

y corazones vacíos.

El sol, trasfigurado del amor,

hace brotar nenúfares en las manos del recogemuertos.



Los destellos blancos de sus bordes

como ocasos de soles

en espirales paren brasas hacia mi flanco.

En el pergamino paso a limpio

la geometría de sus puntadas en mí

o del río en ella.

Sobrevivo sin sus labios

en forma de pétalos infinitos

diluidos en el sol.



Las ninfas se abrían en hojas

con forma de corazón o de lengua.

El espíritu del agua
desplegaba paladares rojos,
azules o amarillos.

Y de la oscuridad roja,
a centímetros de la tierra gruesa,
rugosa,
cubierta de gravilla dorada,
una escalera de agua:
peldaños desnudos manchando el cantero.

La floración que cubre cada metro olvidado del recinto.

Las flores que se abren por la mañana y se cierran a
media tarde.

A tres días de camino, desaliento y cansancio
en los pies protegidos de un dulce aguacero.



La luz oscura

sobre el caserío más pequeño del río,
el más pobre sobre el caparazón de un caracol
de venas del color del cantero.



re

Gotas de lluvia

se pudren en los botes,

teoremas de amor

sobre orillas *con forma de corazón o de lengua.*



lee

De regreso,

la campana de la iglesia suena con más intensidad
y el color de la sangre se expande en el aire,
argamasa de barro y silencio,
hacia los ojos de quienes, deshechos,
caminan detrás del párroco negro.

Van vestidos con camisetas y banderas blancas.

re

La libélula volaba,

nunca se detuvo en ninguna parte;

suspendido en el aire,

el caballito del diablo

los guía entre el cerrado espesor de las tinieblas.

El padre y su comunidad,

a paso decidido,

en zigzag,

de cantero

en cantero,

de caserío

en caserío,

de libélula

en libélula.

Bellavista,

el más pequeño del río,

el más pobre sobre el caparazón de un caracol

de filones marrones.

Tabla de contenido

07	10:00 a. m.
08	Sea la luz azul
09	Un cangrejo mira el infinito
10	El río grande de la Magdalena
11	A la intemperie
12	La frontera se expande
13	Una planta de ébano
14	Espacio invadido por maleza camuflada
15	10:45 a. m.
16	Bailarín de la noche misma
17	El río
18	Las nubes del Pacífico
19	Si pudieras borrar ese grito ahogado
20	La proximidad de varios cuerpos los hace actuar
21	Cada vez que se va la luz
22	La sensación de vacío deja los golpes

23	El día después
24	En pequeñas embarcaciones de motor
25	Los que han muerto no volverán
26	Una mujer desnuda se acuesta bajo la lluvia
27	Más de 1500
28	Junto a los rodantes
29	El resplandor de la luna
30	Esta noche
31	Mis huesos se extienden hacia mis ancestros
32	Paralela a mi vida que se derrumba
33	Mujeres aprisionan secretos
34	La comunidad avanza mil pasos
35	En el recinto ovalado
36	Los espíritus de los muertos
37	Las viudas buscan a sus seres aguas abajo
38	Doce años después
39	El río de los pájaros
40	Por un instante
41	Los cuerpos sólidos se han hundido en el calor
42	El universo de piel negra y dorada
43	Extraviados en las playas del suelo erosionado
44	La palabra de los hombres se ha perdido

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68

¿Quién pudo ser testigo?

Los duendes afónicos se volvieron guardianes
El ruido de las balas
Por el sendero
Un pasamontaña oculta su rostro
Tentáculos paramilitares buscan tras las piedras
Hablan con la luna
Nada ha cambiado aquí
Cuerpos mutilados
Un fuego en repliegue
Belleza en descomposición
Los tubos de drenaje
Mataron
La noche viene emboscada
La bruma baja del cerro
En la mitad del sembrado
Veinte años después
Soledades de ancianos y manos de niños
Los destellos blancos de sus bordes
Las ninfas se abrían en hojas
La luz oscura
Gotas de lluvia
De regreso
La libélula volaba



Este libro fue editado y publicado
en 2024 por la Universidad
Pedagógica Nacional.

En esta ocasión, el libro que John Fonseca nos presenta es un crisol donde se funden los vestigios de una tragedia con la alegría indómita de la selva; la resiliencia de un pueblo diezmado con las plantas que respiran junto a las mansas orillas de los ríos. A través de estos poemas, se reconstruye, minuto a minuto, el día que marcó para siempre a la población de Bellavista en el casco urbano del municipio de Bojayá.

El dolor y la esperanza coexisten aquí, invitando a imaginar mejores escenarios para la vida, a fijar en la memoria los ecos del horror y aceptar que los amaneceres no devuelven los amuletos perdidos. En estas páginas, los ríos explotan y los cangrejos se arrastran sobre grumos de tierra con sus caparazones teñidos de rojo.

Quizá, la única forma de escapar de los tentáculos del paramilitarismo, la guerrilla y el abandono estatal sea mediante teoremas de amor: fórmulas de vida con la forma de un corazón o una lengua.

COLECCIÓN
**Literatura
y Lenguaje**
Serie Poesía

